



V

Vassili Andreitch se aproximó altanero, á tientas: montó y cojió las bridas.

—¡Andando!—gritó.

Petronschka, de rodillas en su trineo, soltó las riendas á su caballo. Monkhort, que relinchaba al poco tiempo porque delante de él, sentía á un burro, arrancó de pronto y todos salieron á la calle.

Atravesaron otra vez el pueblo siguiendo el mismo camino, y pasando por el lado de la casa en donde habían visto tendida la ropa blanca que no se distinguía ya, por delante del mismo cobertizo, casi cubierto ahora por la nieve, los mismos arbutos que se inclinaban por la fuerza del viento que silbaba con más furia y produciendo un ruido enorme.

El viento era tan fuerte que cuando salieron al camino, empujaba los trineos con violencia y hacían patinar á los caballos.

Petionschka, hacía caminar el caballo detrás de la burra, y de vez en cuando le aceleraba dándole gritos apropiados. Monthorty seguía á la burra sin vacilar.

Al cabo de diez minutos, Petronschka, se volvió gritando alguna cosa que ni Vassili Andreitch ni Nikita pudieron comprender, á causa del ruido que producía el viento.

Pero comprendieron que habían llegado á la vuelta del camino.

En efecto, Petronschka, volvió á la derecha y el viento que me venía de costado, comenzó á azotarme la cara. En aquel mismo sitio se distinguía un bulto negro: era el matorral que indicaba el camino.

—¡Anda con Dios!

—Gracias Petronschka.

—«La tempestad oculta el cielo» gritaba Petronschka y desapareció.

—Mira qué poeta—dijo Vassili Andreitch y sacudió las bridas, sobre el caballo.

—Sí, un buen muchacho, un verdadero moujich contestó Nikita y continuaron el camino.

Nikita se acurrucó como pudo dentro de su kaptan: escondía la cabeza entre los hombros, y permanecía inmóvil, temeroso de perder el calorillo que el té había vuelto á su cuerpo.

En esta posición, veía siempre delante, los bara-

les del trineo que semejabán los bordes de un camino llano. Veía la grupa del caballo y el nudo que llevaba en la cola, el lomo cubierto de nieve, la cabeza moviéndose acompasadamente y la crin flotando al viento. De vez en cuando veía las piedras, lo cual le probaba, que aquel era el camino y que no se equivocaban esta vez, ni tenían porqué disgustarse.

*
* *
*

Vassili Andreitch, había dejado flojas las bridas, con objeto de que el caballo siguiera el camino derecho. Castaño que después de descansar, se sentía con deseos de trabajar un poco, apretaba el trote como si quisiera correr todo el camino en un instante, á Vassili Andreitch tuvo que sujetarle varias veces.

Iba contento, porque veía á la derecha é izquierda las piedras que indicaban el camino, y como á lo lejos una línea negruzca,—este es el bosque—exclamó y lleno de alegría arreaba más y más el caballo.

Esta alegría fué muy breve, porque más próxi-

mo ya al sitio, vió que lo que el suponía el bosque, no era otra cosa que un matorral, y pasados algunos metros ya no existían las piedras ni trazas de bosque.

Sin embargo, no desesperó por eso.—Ya debe estar próximo el bosque, me decía, y animado por el té y el aguardiente, arreó de nuevo al caballo.

El valiente animal, dócil, obediente y andando unas veces al paso y otras al trote, seguía la dirección indicada.

Diez minutos transcurrieron y el bosque no aparecía.

—Me parece que nos hemos perdido otra vez—dijo Vassili Andreitch deteniendo el caballo.

Nikita no contestó ni una sola palabra. Apretó su kaftan contra el cuerpo; escondió de nuevo la cabeza entre los hombros y comenzó á buscar por la nieve.

Fué de un lado, del otro, apareciendo y desapareciendo. Al cabo de un rato se perdió de vista. Volvió por fin y tomando las bridas del caballo, dijo á Vassili Andreitch:

Es preciso ir hácia la derecha—y dirigió al caballo por el sitio indicado.

—Marchemos por la derecha—dijo Vassili dándole las riendas á Nikita y escondiéndose las manos entre el forro de las mangas.—¡Si al menos nos condujeran á Grischtrino?

Nitrite, no respondió.

—¡Vamos adelante, valiente!—gritó al caballo.

Este marchaba con mucha dificultad: iba al paso, porque la nieve le llegaba hasta las rodillas y el trineo se enterraba poco á poco.

Nikita, cogió el látigo y fustigó al animal. El valiente Castaño, que no tenía costumbre de sentir golpes sobre el lomo, hizo un brusco movimiento, cogió el trote, pero de pronto, cambió otra vez y marchó al paso.

Así fueron durante cinco minutos. Estaba oscuro y la nieve se arremolinaba en el aire y en el suelo, hasta el punto de no distinguirse nada. El tronco, parecía inmóvil sobre la nieve: este semejava correr, por debajo del trineo.

* * *

De pronto paróse el caballo notando bajo sus pies que se movía el terreno. Nikita saltó á tierra enseguida, abandona las riendas y se dirige hácia la cabeza del animal para reconocer la causa del contratiempo, pero apenas hubo dado un paso delante del caballo, perdió terreno y rodó á un hoyo profundo.

—¡Sujételo! ¡Sujételo! ¡Sujételo!—decía Nikita mientras bajaba rodando al hoyo, y haciendo grandes esfuerzos por sujetarse, cosa que no consiguió hasta llegar al fondo y quedar sepultado en una espesa capa de nieve.

Quebrantado por la caída de Nikita, un tiempo no nieve que había al borde de aquel hoyo, rodó también y le cubrió casi por completo.

—¡Socorro! ¡Socorro!... Por vida de...!—gritó Nikita luchando desesperadamente con la nieve.

—¡Nikita ¡eh Nikita!—exclamaba Vassili Andreitch.

*
**

Pero Nikita no contestaba.

No tenía tiempo: seguía luchando con la nieve, y buscaba el látigo que había perdido en la caída para apoyarse en él. Desembarazado un poco, comenzó á subir aquella resbaladiza pendiente, pero perdía el equilibrio ó resbalaba y volvía de nuevo otra vez al fondo de aquel abismo. Comenzó luego y tras lucha empeñada á subir á cuatro pies la pendiente, y cada vez que se apoyaba, la nieve se hundía, pero al fin pudo conseguirlo tras mil intentos y formas. Cuando salió de allí, no vió ni al caballo ni al trineo, pero como marchaba contra el viento, oyó los gritos de Vassili Andreitch y los relinchos de Castaño que parecía llamarle.

—¡Voy, voy!—contestaba Nikita.

Y haciendo esfuerzos por vencer la resistencia del aire, llegó á donde se encontraba Vassili Andreitch que le pareció entonces más grande que de ordinario.

—¿Dónde diablo te has metido? Es preciso algún camino, aunque este sea el de Grischkino,—decía malhumorado el amo al criado.

—Me alegraría mucho volver, Vassili Andreitch, pero ¿por dónde? Hay por aquí un hoyo tan profundo que es en donde he caído, que la salida es muy difícil. Creí dejar allí la piel.

—¿Pero qué vamos á hacer? Aquí no podemos quedarnos. Hay que ir á alguna parte—dijo Vassili Andreitch.

Nikita no respondió.

Subió al trineo, dando cara al viento. Quitóse las botas para echar fuera la nieve que llevaba, é introdujo en ellas un poco de paja para preservar el pié de la humedad.

Vassili Andreitch permaneció callado, como para dejar á Nikita en libertad de obrar.

Este después de prepararse, cubrióse las piernas con paja, abrigóse el cuello para que el aire no le azotara, cogió las bridas y dirigió el caballo por el camino no del torrente.

Apenas hubo andado cien pasos. detúvose el caballo de nuevo; estaban en el mismo sitio por donde rodó Nikita.

Este se apresuró á bajar del trineo: buscó inútilmente por todas partes y se apresuró al fin á ponerse al lado del caballo.

—Vassili Andreitch,—preguntóle:—¿vives aún?

—Sí; contestó, aquí estoy.

Es imposible buscar nada porque no se vé y á lo mejor tropieza uno con un despeñadero.

Es preciso seguir siempre la dirección del viento.

*
* * *

Volvieron á partir, Nikita volvió á luchar sin encontrar nada; internábase en la nieve, salía de ella y extenuado de cansancio, sin alientos ya para proseguir al lado del trineo.

—¿Qué hay?—preguntó Vassili Andreitch.

—Que no puedo más, ni el caballo tampoco.

—¿Qué hacer entonces?

—Espera un poco.

—Nikita se separó y volvió al poco tiempo.

—Sígame—dijo á Vassili Andreitch cogiendo al caballo por el bocado, Vassili Andreitch, sin oponerse, siguió las indicaciones de Nikita ya no hacía más que lo que este le decía.

—¡Por aquí siempre!—gritó Nikita arrancando al caballo y corriendo hacia la derecha. A los veinte pasos Castaño había visto una verdadera montaña de nieve.

No podía salir de allí: hacía esfuerzos supremos, sudaba como un condenado: todo era inútil.

—¡Abajo del trineo!—gritó Nikita á Vassili Andreitch que continuase dentro.

Y sin esperar más, Nikita se cojió á uno de los barales del trineo y lo suspendió cuanto pudo.

—¡Por vida de..!—decía mirando al caballo—
¿Pero qué haremos? ¡Vamos allá Castaño ¡Arrel
¡Arre..! ¡un poco más.

El caballo hizo esfuerzos titánicos una vez y otra, pero no salía de la nieve, unía las orejas y olía la nieve, como si reflexionase sobre la gravedad del caso.

—¡Vamos Castaño, esto no es posible!—decía Nikita para convencer al caballo—¡Vamos de nuevo! ¡un tirón más!...

Nikita volvió á cojerse de uno de los barales del trineo. Vassili Andreitch del otro: el caballo sacudió la cabeza é hizo un esfuerzo.

—¡Arrel ¡Arrel ¡No te morirás por eso!—gritó Nikita

El caballo dió un salto, ayudado por Nikita, y después de tirar con todas sus fuerzas, pudo al fin salir del inmenso montón de nieve, parándose después y respirando fuertemente.

Nikita quiso llevarle más adelante, pero Vassili Andreitch, agobiado por el peso de la ropa que llevaba encima, no podía dar un paso, y se dejó caer en el trineo.

Déjame respirar—dijo quitándose la manta con que se abrigaba el cuello.

—Mejor es: puedes quedarte allí que yo guiaré caballo.

Y dejando á Vassili Andreitch recostado en el trineo, cojió al caballo por las riendas, y le hizo dar diez ó doce pasos más; deteniéndole de nuevo.

Nikita detuvo el trineo en una hondonada del camino; á la derecha había un montecillo que le servía de abrigo, así es que, una vez allí, parecía resguardado del viento, aunque duró bien poco porque la tempestad como para impedir aquel momento de reposo, comenzó con violencia á remolinar la nieve y á soplar de una manera inconsolable.

Uno de esos golpes de viento, cogió á Vassili Andreitch en el instante de bajarse del trineo é ir á incorporarse á Nikita para estudiar la posición que ocupaban. Vassili y Nikita se abrazaron para resistir el aire.

Castaño se aproximó también cuanto pudo al trineo y dobló las orejas contra el cuello.

Cuando hubo calmado el viento un poco, Nikita se quitó los guantes de piel, los guardó sujetándolos en la correa que llevaba á la cintura, soplóse las manos y desató las bridas del collarón del caballo.

—¿Pero qué haces?—preguntó Vassili Andreitch.

—Desenganchar ¡No puedo más! contestó Nikita excusándose.

—¿Pero no hemos de poder llegar á ninguna parte?

—No: fatigaremos inutilmente al caballo. Mira

en el estado que está el pobre.—Y Nikita señalaba á Castaño, cuyos hijares chorreaban sudor y se agitaban ya dificultosamente.—Es preciso pasar aquí la noche—decía con la misma naturalidad que si se encontrara á la puerta de un mesón, y empezó á desenganchar la caballería, del trineo.

—Pero... ¿moriremos de frío aquí?—gritaba Vassili Andreitch.

—¡Puede ser! ¿Pero qué quieres que hagamos, cuando ya lo hemos hecho todo?—respondió Nikita.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FRANCO HEYES"
1924 MARVERREY, MEXICO



VI

Vassili Andreitch, con el excesivo abrigo que llevaba tenía calor, y sobre todo después de los esfuerzos que acababa de hacer para ayudar á Nikita á sacar de la nieve el trineo, sintió estremecimientos de frío, al pensar que hubiera de pasar allí la noche.

Para tranquilizarse, sacó de su bolsillo los cigarrillos y las cerillas y se acurrucó en el trineo de la manera más cómoda que pudo.

Nikita acababa de desenganchar el caballo. Quitó después la barriguera y los tirantes, el collarón y las bridas y empezó á hablar con él para darle valor.

Vamos, ven para acá,—le decía, haciéndole salir dentro los bozales del trineo.—Te ataremos aquí y te pondré debajo un poco de paja para que

entres algo en calor,—é iba haciendo estas operaciones á medida que las decía.—Ya comerás y se te quitará la tristeza.

Pero Castaño no parecía convencerse con los discursos de Nikita; pifaba, arrinconándose contra el trineo, volvía la grupa al aire y se frotaba la cabeza con el cuerpo de Nikita.

Sin embargo, como si no quisiera despreciar la paja, bajó la cabeza, cogió en la boca gran cantidad, y después de masticar un poco, no le pareció oportuno pensar entonces en la comida. Dejéla caer y bien pronto el aire la llevó á gran distancia. Un momento después, la nieve la había cubierto por completo.

—Vamos á establecer ahora una señal,—dijo Nikita volviendo hacia el aire la parte delantera del trineo, dejándolo con los bozales hacia arriba.—Cuando la nieve nos cubra, gracias á los bozales, podrán descubrirnos los caminantes y nos desenterrarán. Así nos lo enseñaron á hacer nuestros mayores.

Vassili Andreitch no cesaba de encender cerillas para encender el cigarrillo, sin que pudiese conseguirlo; sus manos temblaban y el viento apagaba la luz de la cerilla sin darle tiempo para aproximarla al cigarro. Al cabo de un rato pudo conseguir encender una cerilla, á favor de la cual viósele el forro de las mangas, las manos que temblaban, una sortija de oro y el abrigo cubierto totalmente de nieve.

Fumó con fuerza dos ó tres veces, pero apenas hubo echado la bocanada de humo, el viento le

arrancó la lumbre del cigarro, llevándosela á distancia.

Sin embargo, aquellas dos fumadas parecía que le habían confortado.

—Puesto que hemos de pasar aquí la noche, acostémonos,—dijo con decisión.

Después, viendo levantados los bozales del trineo, concibió la idea de hacer más comprensible á Nikita la señal que éste había puesto para conocer si cambiaba el aire.

—Escucha,—dijo quitándose la bufanda que llevaba puesta al cuello,—yo voy á colocar aquí una bandera.

Quitóse los guantes, subióse todo lo que pudo para alcanzar al extremo de los bozales, y anudó fuertemente la bufanda.

—¿Ves, como está bien?—dijo Vassili Andreitch satisfecho de su obra y metiéndose en el trineo.—Más calor y mejor abrigados estaríamos si pudiéramos estar juntos, pero ya ves, no hay sitio para ambos.

—Ya encontraré yo donde meterme,—respondió Nikita; pero ante todo es preciso echar algo sobre el lomo del caballo. El pobre animal está sudando. Levántate un poco, díjole á Vassili Andreitch, dirigiéndose hacia el sitio que éste ocupaba en el trineo y sacándole de debajo una tela de saco.

Después la dobló por la mitad y la echó sobre Castaño.

—Ahora sí que vas á estar abrigado, buen amigo.

—¿Le hace falta el otro pedazo de saco que lleva ahí? Pues entonces deme una poca de paja,—díjole Nikita á Vassili Andreitch.

Cogió ambas cosas y se volvió detrás del trineo; allí, resguardado algo del viento, hizo un pequeño hoyo en la nieve, lo llenó de paja, y después de meterse hasta las orejas el gorro, se sentó, cubriéndose con el trozo de saco.

Vassili Andreitch movió la cabeza en señal de desaprobación por lo que hacía Nikita, como siempre había hecho por desaprobar la ignorancia y rudeza de los moujiks.

Vassili Andreitch dispúsose á dormir. Al efecto, extendió la paja por el trineo, metió las manos en las boca-mangas del kaftan y echó la cabeza en un rincón para guardarse del aire.

No podía dormir: reflexionaba sobre el único punto que le había llamado la atención toda la vida, y que constituía para él la felicidad, la alegría, los goces materiales y morales. El dinero. Pensaba en lo que no había ganado aún, pero que podía ganar con el tiempo; pensaba también en las cantidades que habían ganado otros y que él quería ganar todavía.

—Las encinas servirán para hacer patines y las maderas de armadura; éste es un negocio seguro; en maderas cortadas habrá unos trescientos metros cúbicos por hectárea,—calculaba sobre el producto de las maderas que iba á comprar.

«Y lo que es diez mil rublos no se los doy; bastante tiene con ocho mil, y no estarán contados los sitios en donde el arbolado no exista. Yo daré una propina al agrimensor; por ciento ó ciento cincuenta rublos, me adjudicará cinco hectáreas de terreno que no entrarán en la cuenta, y el propietario se contentará con ocho mil. Yo le pongo en segui-

da tres mil rublos delante de las narices y le conquistaré seguramente. Así pensaba Vassili Andreitch, mientras tocaba con el codo la cartera que tenía el bolsillo.

«¡Pero cómo habremos equivocado el camino! No acierto á comprenderlo. Debía estar por ahí la floresta, el bosque, y nada se vé. Ni siquiera se escuchan los ladridos de los perros. Esos malditos no ladran cuando hace falta.»

Levantó la cabeza un poco y se puso á escuchar y á mirar por todas partes. En aquella densa obscuridad solo percibía la silueta del caballo; su cabeza y el lomo, sobre el cual se agitaba la tela de saco con que le había tapado Nikita. Solo el viento se dejaba oír con silbidos que aterraban y los copos de nieve que caían sobre el trineo. De nuevo se tapó.

—¡Si yo me hubiese quedado en Grischkino!...

«Pero en fin, mañana llegaremos. De todos modos, no habremos perdido más que un día, y no había de darse la casualidad de que por tan poco tiempo, se adelantasen los otros á comprar lo que yo deseo.

En seguida vino á su memoria que para el día 9 debía cobrar el precio de los animales que había vendido al carnicero.

—Prometié venir él mismo y no me encontrará en casa. Mi mujer no sabrá hacerle pagar. ¡Cuidado que es ignorante!... No sabe vivir,—se decía recordando la manera que tuvo de recibir al comisario de policía la víspera de la fiesta.

«Es claro: una mujer que no se ha educado. ¿Y cómo, en una casa como la de sus padres?...

»Su padre, un rico moujik de la ciudad, todo lo más poseedor de un molino pequeño y malo y una posada: hé ahí todo lo que tendría; mientras que yo, ¿qué no habré hecho en quince años?

»Un comercio de ultramarinos, dos tabernas, un molino, un comercio de trigo, dos propiedades en arriendo, una casa con su granja cubierta de hierro,—enumeraba con orgullo Vassili Andreitch.— ¿Quién no conoce en toda la región á Bechkounov?

»¿Y por qué? porque he pensado en mis negocios y me he decidido y esforzado para conseguir lo que tantos otros, en vez de dedicarme á dormir ni ocuparme de tonterías. Yo no duermo de noche, aunque sople el viento, la nieve caiga en grandes copos ó haga buen tiempo, yo me pongo en camino; los negocios han de cuidarse así. Pensar que todo se consigue sin preocuparse, es un disparate: el que se divierte mucho, no gana dinero. No: á trabajar, á romperse la cabeza, aunque haya imbécil que se mofe de la constancia.

»Hé ahí los Mironov, que tienen muchos millones... ¿por qué? porque han trabajado, y que Dios se los recompense. Yo no quiero más que salud, porque con ella, ya me agenciaré lo otro.»

Y al pensar solamente que podía llegar á ser millonario como Mironov, que empezó por no tener nada, le excitaba hasta el punto de que sentía deseos de expansión y no tenía con quien hablar. ¡Ah, si hubiese podido llegar hasta Goriatchkino!... Le hubiese hablado al amo, y le habría hecho ver lo blanco, negro.

«Y cómo sopla el viento,—decía oyendo que se

movía el trineo, impulsado por la tempestad de nieve y aire.

«¿Por qué escuché á Nikita? Era preciso continuar, y habríamos llegado á alguna parte, aunque hubiese sido á Grischkino, y hubiéramos dormido en casa de Tarass, mientras que ahora, hemos de pasar aquí toda la noche...

»Pero... ¿qué es lo que yo estaba pensando antes?... ¡Ah, sí, sí! que Dios recompensa al que trabaja, y no á los vagos, á los tontos ó á los imbéciles.

»¡Si yo pudiese fumar!...»

Se incorporó apoyándose sobre el codo, sacó un cigarrillo, agachando la cabeza para encenderlo, y el viento, metiéndose por todas partes, le apagaba una tras otra todas las cerillas, hasta que, por fin, pudo conseguir encenderlo, cosa que le puso muy alegre.

Verdad es que el viento fumaba más que él, y á las pocas fumadas terminó. Se arrimó de nuevo en el ángulo del trineo, se abrigó, se puso á pensar y á soñar y concluyó por dormirse á medias.

De pronto, sintió algo así como un golpe y se despertó. ¿Era que Castaño amontonando la paja había dado con la cabeza en el trineo, ó que se había movido algún objeto extraño? Se levantó asustado y oprimido el corazón, registró con la mirada y no vió nada nuevo. Todo estaba igual. Solo la claridad era más grande.

—Esa es el alba,—se dijo;—ya no puede tardar el día.

Después reflexionó que aquella claridad debía ser la de la luna, que salía.

Se levantó de nuevo y miró al caballo. Estaba en igual posición: la grupa vuelta al viento, temblando de frío y con la manta caída á un lado y cubierta de nieve.

Después miró por detrás del trineo y vió á Nikita; estaba en la misma postura, El aire se le habla llevado la tela de saco con que se había cubierto, y una espesa capa de nieve le cubría las piernas.

—¡Estaría bueno que el moujik muriese helado, y fuese yo el responsable!... ¡Está tan fatigado de lo que ha corrido... y sin embargo su cofre no está repleto,—y Vassili Andreitch tuvo la idea de quitarle al caballo el trapo que le servía de manta y cubrir á Nikita... ¡Pero hacía tanto frío para moverse!...

—¿Por qué haberle hecho caso á su esposa? ¡Es tan ignorante!—se decía pensando en su mujer, y se dejaba caer de nuevo en el rincón del trineo.—Y pasará una noche en la nieve y no le pasará nada, mientras que á Sebastián tuvimos que sacarle helado y tieso como un garrote...—pensaba recordando otro caso por el estilo.—Yo he debido quedarme en Grischkino, y no hubiera pasado nada de esto.

Se apretó las ropas con que se cubría para no perder el calorillo que sentía, se tapó perfectamente de la cabeza á los pies y cerró los ojos para probar si dormía.

Pero, á pesar de todos sus esfuerzos, el sueño no venía, sino que por el contrario, cada vez se sentía más excitado.

Y comenzó á soñar pensando en las venturas que le aguardaban, en los beneficios que obtendría y

que le hacía sentir admiración por sí mismo, orgulloso de la situación á que llegaría seguramente. Esto, no obstante las inquietudes que de vez en cuando sentía, por no haber llegado á tiempo á Grischkino. Se movía, buscando nuevas provisiones dentro del trineo, acomodándose y burlando al viento, y sin embargo, siempre se encontraba mal. Cruzaba las piernas, las apartaba después, cerraba los ojos y nada, siempre intranquilo, molesto; fueran los pies que comenzaban á helársele dentro de las botas, fuese el viento que siempre encontraba por donde entrar, ello es que Vassili Andreitch cada vez se encontraba peor y se acordaba con pena de los ofrecimientos que le habían hecho en casa de su amigo para pasar la noche, y que no aceptó. Ello es que no paraba de moverse, volviéndose para todos los lados.

Por un momento, Vassili Andreitch creyó escuchar un canto de gallo á lo lejos. Esto le dió alegría, y se destapó un poco las orejas para escuchar con atención, pero nada volvió á oír que no fuese el ruido que el viento producía entre los botalos del trineo.

Nikita continuaba en la misma posición, sentado, sin moverse y sin contestar á Vassili Andreitch que le había llamado dos veces.

—No se mofa de mí, duerme,—se decía Vassili Andreitch, mirando al sitio hacia donde estaba Nikita, todo cubierto de nieve.

Vassili Andreitch se levantaba y se acostaba veinte veces seguidas. La noche le parecía interminable.

—El día no debe tardar ya,—pensó levantándo-

se y mirando á su alrededor.—¡Si yo viera mi reloj! pero hace demasiado frío para desabrocharme. Sin embargo, si yo supiera que se aproximaba el día, cobraría valor y nos pondríamos á enganchar.

Verdaderamente, Vassili Andreitch sabía que el día no se aproximaba, ni con mucho, y cada vez se impacientaba más y tenía más miedo, hasta el punto de no querer mirar el reloj.

Por fin, desabrochó su ropa y metiendo la mano buscó mucho tiempo antes de tropezar con el chaleco. Con mucho trabajo pudo dar con su reloj de plata esmaltada con flores azules, pero sin luz no pudo distinguir la hora.

De nuevo se acostó boca abajo, sacó las cerillas, encendió con mucha precaución una de ellas y con fortuna, porque pudo ver el cuadrante del reloj, pero no quería darle crédito á lo que había visto. ¡Eran las doce y diez minutos de la noche! Quedaba aún media noche por delante.

—¡Oh, qué larga es esta noche!—pensaba Vassili Andreitch, á la par que sentía frío por todo el cuerpo. Se abrigó cuanto pudo y se acomodó en el trineo.

De pronto, entre el ruido monótono de la tempestad, se figuró oír un eco nuevo y viviente. Este eco aumentaba progresivamente, lo mismo que disminuía después. No había duda: era un lobo. Hasta adivinaba cuando abría y cerraba la boca por el ruido que producía. Vassili Andreitch levantó la cabeza para oír con atención. Castaño tampoco perdía ripio, pues no hacía más que mover las orejas y golpear con los pies en el trineo, como queriendo avisar á su amo.

Después de este incidente, Vassili Andreitch ya no podía dormir ni estar sosegado. Quería volver á pensar en su fortuna presente y en la venidera, pero el miedo no le dejaba en paz, y todas sus reflexiones se reducían en maldecir el no haberse quedado en Grischkino á pasar la noche.

—Después de todo, ¿qué me importa la madera? Gracias á Dios, tengo bastantes negocios sin ese otro. Yo debí quedarme. Se dice que, por lo regular, son los borrachos los que mueren de frío, y á fé de Dios que yo he debido beber esta noche más de lo necesario.

Y observándose á sí mismo, notó que temblaba, aunque no sabía si era de frío ó de miedo.

Probó abrigarse y permanecer acostado como anteriormente, pero le era imposible continuar allí; quería bajar del trineo, hacer algo, á fin de ahuyentar el miedo, que cada vez era más grande y ya le martirizaba.

Sacó los cigarrillos y las cerillas, pero de éstas no le quedaban ya más que tres y todas malas: los fósforos no se encendían.

—¡Qué el diablo te lleve, maldita!—exclamó sin saber á quien se dirigía, partiendo el cigarro entre los dedos y arrojando muy lejos la caja de fósforos.

Era tal la inquietud que le embargaba, que no podía estar tranquilo dentro del trineo.

Bajó de él, y volviéndose de espaldas al viento, apretóse el cinturón que llevaba á la cintura.

—¿Por qué permanecer acostado y aguardar impasible la muerte? Montaré el caballo y á caminar, —dijo de repente.

«El caballo, montado, no se parará en ninguna parte. En cuanto á él,—y se refería á Nikita,—poco le importa morir. ¡Qué le espera en la vida! No la sentirá perder; mientras que yo, gracias á Dios, tengo de qué vivir.»

Y desatando á Castaño, le colocó las bridas y se dispuso á montarle, pero no pudo.

Después, subióse en el trineo para desde allí montar con más facilidad, pero el trineo resbalaba un poco, y tampoco pudo conseguirlo. Otra prueba bastóle para subirse sobre el caballo. La velocidad del salto; hízole caer montado sobre el cuello del animal, pero poco á poco pudo ponerse en el lomo. Valido de los correones que sujetaban los bozales del trineo, apoyó en ellos sus piés á guisa de estribo.

Al brincar desde el trineo al caballo, despertó á Nikita. Este se incorporó. Vassili Andreitch creyó oírle murmurar algunas palabras.

—Si no te hubiese escuchado no sería tan imbécil como tú. ¿Qué? ¿Vale más correr el riesgo de morir helado que hacer algo por evitarlo?—exclamó Vassili Andreitch.

Después arregló sobre sus rodillas el abrigo que llevaba, hizo volver al caballo y partió en la dirección por donde él suponía que debía estar el bosque.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Desde que se hubo sentado detrás del trineo, y cubierto con la tela de saco, Nikita no se había movido.

Este, como todos los hombres que viven sufriendo las inclemencias del tiempo y los rigores de la naturaleza, no sentía necesidades y aguantaba con resignación los contratiempos.

Había oído varias veces que su amo le llamaba, pero no quizo contestar por no moverse. Todos sus pensamientos se reducían á lo mismo. Que podía morir aquella noche; eso era lo probable y en atención á ello, había tomado las precauciones detrás del trineo.

Apesar de haber comenzado cuanto pudo el calor que se había producido en el cuerpo, el té que había tomado, la marcha fatigosa por medio de la nieve, había sido de funestos resultados.